

## CAPITULO II.

INSUFICIENCIA DE LA SOLA RAZON PARA DAR AL HOMBRE LA VERDAD RELIGIOSA.

¿Qué es la verdad religiosa? Es el conjunto de las relaciones entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios. Ahora bien, para descubrir las relaciones entre dos términos, es preciso conocer bien estos. Pero la razon sola no conoce al hombre sino á medias, á Dios menos todavia; de consiguiente, pedirle que se eleve hasta penetrar el conjunto de sus relaciones, vale tanto como pedir á un niño de un dia que dé pasos de gigante. Hé aqui, pues, á la razon condenada por la razon misma á no poder descubrir suficientemente la verdad religiosa.

Nótese bien, además, que el conjunto de las relaciones entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios, comprende necesariamente el fin del hombre, el destino del hombre en las miras del Ser supremo. Y mi fin, mi destino ¿cuál es?... El es libre en Dios, el cual ha podido darme uno mas ó menos noble, mas ó menos elevado: ¿por dónde sabré yo el que ha elegido?—Esa eleccion es un hecho, un hecho consumado; pero un hecho exclusivamente divino, un hecho necesariamente oculto en el seno del Criador, y que solo él ha podido revelar á su criatura. Si ha guardado su secreto (y bajo el punto de vista de la sola razon es evidente que lo ha guardado), por mas que mi espíritu se afane en buscar la respuesta á esta pregun-

ta: ¿cuál es mi destino? huirá siempre aquella ante mí como un fantasma impalpable. Podré proveerme de los recursos del arte y de la ciencia, y volar á los cielos para arrancar á los astros el secreto de sus rotaciones prodigiosas y de sus harmónicas órbitas, ocultas á la debilidad de mi vista; ¿pero qué telescopio ni que cálculo me harán penetrar en el misterio intimo del Altísimo?... La razon se ve, pues, aqui convencida por la razon, y obligada á confesar su ignorancia y su impotencia, que proclaman por otra parte todos los pueblos de todos tiempos, haciendo derivar sus tradiciones religiosas de una revelacion celeste (1).

Pero dirán sin duda algunos filósofos: ¿no están bastante determinadas las relaciones del hombre con Dios en lo que llamamos religion natural? ¿No nos enseña bastante claramente la razon que Dios es nuestro Criador omnipotente, infinitamente justo, sabio y bueno, infinitamente perfecto, y que le debemos por consiguiente el homenaje de la adoracion, del temor respetuoso, del reconocimiento, de la confianza y del amor?

Podria preguntarles en primer lugar, desde cuándo se hallan formulados con tal precision esos homenajes en la lengua humana; especialmente si el homenaje del amor que es bien natural, ha sido conocido mas que en dos religiones positivas, el cristianismo y el judaismo (2); en una palabra, si lo que llaman *religion natural* es otra cosa que un arroyo extraviado del rio magestuoso de la *revelacion*; y si no son unos hijos ingratos, que despues de haberse alimentado con la leche sobrenatural de esa divi-

(1) «Todas las tradiciones antiguas, dice M. Cousin, remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibe de este inmediatamente todas las luces y todas las verdades, muy luego oscurecidas y corrompidas por el tiempo y por la ciencia incompleta de los hombres» (*Curso de historia de la filosofía*, leccion 7.ª).

(2) Véanse las *Noches de San Petersburgo*, por M. de Maistre.—No se encuentra mas que en el judaismo y en el cristianismo la idea del amor infinito de Dios hácia el hombre.

na madre, se atreven á decirle orgullosamente: Nada te debemos: el elevado poder de nuestra razon es el que nos ha hecho lo que somos (1). Podria decirles, en fin: remitid al pueblo, esto es, á las tres cuartas partes de los hombres á la *religion natural*, y pronto vereis si es pequeña la parte de homenajes que le cabe á Dios (2); vereis lo que ganará en ello la sociedad, y lo que ganareis vosotros mismos en vuestra seguridad personal. Pero concedámoslo si se quiere.

Esos homenajes de adoracion, de temor respetuoso, de gratitud, de confianza y de amor ¿cómo deben ser tributados? ¿qué forma deben tomar en nosotros aun interiormente? porque ningun homenaje puede nacer en lo intimo de nuestra alma sin tomar una forma cualquiera..... ¿Con qué frecuencia habrán de tributarse? ¿Cómo sabré si hago mucho ó poco en este punto? ¿Lo dice la *religion natural* ó sea la razon al dilucidar la verdad religiosa? Además, ¿mis homenajes á Dios quedan limitados á los que acaban de enunciarse? ¿Es esa la última cifra de mi deuda?

La oracion, por ejemplo, ¿qué haremos de ella? La naturaleza me impulsa á orar; pero viene Rousseau á ponerse por medio, exclamando en nombre de la razon, que ese es un acto inútil y hasta impío (3). La verdad, la naturaleza triunfa; yo me siento débil, sufro, temo, deseo, me veo en peligro, y á pesar del filósofo de Ginebra, me prosterno espontáneamente á los pies del Ser Supremo, y mi voz sube hácia él humilde y suplicante. Y por otra parte, cuando reflexiono á sangre fria, me digo que la oracion es un acto de sumision y de confianza hácia Dios, y que Dios puede hacer depender de ese acto y del senti-

(1) *Manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia* (Deut. XXII, 27). No se por qué, dice J. J. Rousseau, se quiere atribuir á la filosofia la hermosa moral de nuestros libros. Esa moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica (*Carta III de la Montaña*).

(2) Los mismos filósofos son bastante fieles en tributar á Dios los homenajes que dicta la *religion natural*?

(3) *Emilio*, t. III.

miento de mi infinita pequeñez que le acompaña, la concesion de ciertos beneficios; me digo que la oracion es un homenaje al Dios infinitamente inteligente, bueno y poderoso, que desde la eternidad conoció mi súplica, oyó mi débil voz, y pudo tomarla en cuenta en la disposicion providencial del orden físico y moral de este mundo, segun la medida trazada por su infinita sabiduria; me digo, en fin, que debiéndolo todo á Dios y pudiendo ofrecerle tan poco, está en el orden que añada yo ese homenaje á los otros, y que siendo necesariamente grato á Dios lo que está en el orden, no puede este menos de admitir con gusto el piadoso incienso de la oracion. Pero si la oracion es permitida y util, ¿es tambien un deber? ¿Ese deber es para mí de rigorosa obligacion? Cuestion difícil, demasiado difícil para la razon sola. Bajo el supuesto de que la oracion sea obligatoria ¿en qué términos lo es? ¿bajo qué forma? Otras preguntas ante las que calla la razon ó tartamudea soluciones aventuradas.

Consúltesela tambien sobre el sacrificio, simbolo tan expresivo, protesta elocuente de nuestra dependencia absoluta del Criador, homenaje solemne y universal á su soberano dominio, á la plenitud de poder y de fuerza que en sí encierra (1): pregúntesele si es permitido el sacrificio, si es útil, si es necesario, de qué naturaleza ha de ser, con qué frecuencia debe hacerse: todas vuestras preguntas quedarán sin satisfacer.

Pero hay mas todavía. Sin la menor duda, la razon dice claramente (y ya lo hemos visto) que hay otra vida y que en esa otra vida hay premios y castigos. ¿Pero nos dice acaso la naturaleza de esos premios y de esos castigos? ¿Nos muestra en qué consisten? En este punto permanece muda, y sin embargo, es de alguna importancia.... ¿Nos dice cuál será su duracion? ¡Oh! y esto importa el do-

(1) «La idea del sacrificio es inseparable de toda religion,» dice Benjamin Constant (*De la religion considerada*, etc.)

ble, el quintuplo, el céntuplo, mucho mas de cuanto pudiera expresarse humanamente. Porque si la recompensa no es algo grande y magnífica, muy superior á cuanto hay en este mundo, y por otra parte tiene término; ¡qué móvil tan pequeño para incitarme al deber, cuando el deber se halle en pugna con un goce actual! Y si las penas de la otra vida son solo medianas y temporales ¿á qué es ocuparme tanto de ellas? Todo lo que uno sabe que debe acabar, deja vivir la esperanza, y cuando el infortunio no es estremado y vive la esperanza, no es la suerte intolerable. Pero si por el contrario, tengo delante de mi la certeza de una eternidad de bienaventuranza indecible, yo tan mezquino y desventurado aquí abajo, debo prestarme hasta á los mas generosos sacrificios para lograrla; y si tengo frente á frente una pena formidable y sin fin, inevitable, dado que por mi culpa llego á perder aquella felicidad, ¡oh! entonces se halla excitado mi interés en el mayor grado posible. Aventurarme en este caso en el camino del mal moral no es solo para mi cuestion de vida ó muerte: se trata de lo finito y de lo infinito en la balanza.... ¿qué digo? Se trata de lo finito por lo que toca á la vida presente, pero de un doble infinito relativamente á la vida futura; del goce intermitente, fugitivo del tiempo, por una parte, y por otra de la pérdida de una felicidad sin igual, sin vicisitudes, sin término, unida al hundimiento en una desgracia incomparable, continua, eterna. Me importa, pues, mas que cuanto hay en este mundo (toda vez que cuanto tiene algun valor en este mundo no guarda proporcion con mi interés de la otra vida considerada de este modo), me importa, pues, mas de cuanto puede decirse ó imaginarse, saber lo que hay en esto. Pero por mas que pregunto á la razon lo que me expongo á perder en el otro mundo, siguiendo la pendiente tan atractiva del mal en este, nada sabe, ó cuando mas me contesta que me expongo á perder una felicidad que probablemente no tendrá fin. Por mas que le pregunto qué castigos me espongo

á merecer, *Nada sé*, me repite: por mas que le pregunto si voy por ese lado á una simple prision por deudas, ó á los horrores de un presidio, *No sé nada*, vuelve á ser su respuesta: si voy á una prision temporal ó á un presidio perpétuo, *Nada sé....* ¡Qué! ¿Nada sabes? Pues yo he tenido ya la desgracia de tomar esa funesta senda, y me he internado demasiado en ella: al menos tú que eres mi guía y mi oráculo, dime lo que debo hacer ahora para recobrar esa felicidad, cualquiera que sea, de que conozco que me he hecho indigno; lo que tengo que hacer, sobre todo, para evitar esa desgracia de la otra vida que conozco haber merecido por el abuso que he hecho de la vida presente, y cuya naturaleza, intensidad y duracion ignoras.... ¡Ay! Tambien se calla: tampoco sabe nada de eso.

En efecto, el conocimiento de las relaciones entre Dios y el hombre sobre la tierra, cuando este ha infringido la ley moral escrita en lo íntimo de su corazon, es un secreto con el que el hombre gasta en vano todos los recursos y todos los esfuerzos de su inteligencia. Despues de la injusticia, la perfidia, el atentado al honor, á la fortuna, á la vida de su semejante, y de tantos otros actos contra los cuales se alza la voz natural de la conciencia, y que necesariamente Dios, soberanamente perfecto, reprueba y condena, el que se ha hecho culpable de ellos, ¿qué puede y qué tiene que hacer? Manchado ya una vez, ¿lo estará para siempre? Una vez criminal, rechazado por la perfeccion infinita de Dios, amenazado por el golpe de la ley eterna de justicia que le condena, ¿tendrá que desesperar de si mismo y de Dios? Si respondeis que sí, le arrojaís fatalmente en una serie lógica de crímenes, y le haceis rodar de abismo en abismo hasta la última sima del mal moral. Si no podeis contestarle, atais á su desgraciado corazon un buitre inexorable. Ahora bien; la razon encontrará aquí problema sobre problema; pero ella sola no los resolverá jamás. ¿Puede Dios perdonar? ¿Lo quie-

re? Siendo infinito en su aversion al mal y en su justicia, tanto como en su amor al bien y en su bondad, ¿puede ó no ceder algo de los derechos de esa justicia en favor del culpable? Si puede ¿lo quiere? ¿Y con qué condiciones? porque indudablemente tiene derecho para imponer condiciones, toda vez que es el ofendido, sin que nadie pueda decirle jamás: *¿Por qué obráis así y no de otro modo (1)?* ¿Es preciso, pues, que el hombre amontone víctimas sobre el altar de la expiacion? ¿Es preciso que se inmole á sí mismo? ¿Es necesario lágrimas? ¿Es necesario sangre? Una mano de hierro pesa sobre todas estas preguntas; en vano la razon exasperada la coje y la rechaza con todo su poder: ¡esfuerzo inútil! Ella permanece siempre inmóvil, y despues de muchas fatigas y sudores, la duda de ojos turbios y huraños concluye por sentarse triunfante sobre el sello fatal que cierra á la razón la entrada de aquel misterio. ¿Segun eso el hombre una vez que se haya hecho culpable no tendrá nunca garantía ninguna de su perdon? Y si no la tiene y es bastante formal para calcular un poco los intereses del otro mundo, ¿cuál será su vida..... y cuál su muerte?..... Su razon misma aguza el filo de todas esas preguntas que *penetran hasta en las últimas divisiones de su ser (2)*, pero no suministra apósito alguno á sus crueles heridas. Su razon le muestra mas allá de esta vida que concluirá mañana, un juez armado quizá (porque como hemos visto no lo sabe de fijo), armado quizá de castigos eternos, y ese juez es el mismo Dios á quien ha ofendido, es la ley eternamente viva que ha pisoteado, por decirlo así, con su violacion del orden moral; pero no le da remedio alguno contra los terrores que le asaltan á esa vista. Ella le rodea de todos los tormentos de la duda y le deja en ella: ansiosa de saber la verdad, por mas que visita todos los pun-

(1) *Quis dicere potest: cur ita facis? (Job. IX. 12).*

(2) *Heb. IV. 12.*

tos de la tierra que encierran mas sabiduría humana, mendigando el auxilio necesario á su impotencia, vuelve al punto de partida con las manos vacías y la cabeza baja para decir al hombre culpable: «Vive desgraciado; muere desgraciado; entra desgraciado *en la casa de tu eternidad (1)*, para ser allí, ¿quién sabe?..... mas desgraciado todavía.»

¡Y así es, razon humana, como entregas al hombre á cuestiones que le tocan tan de cerca, que exigen imperiosamente una respuesta, y le creas el infierno de la duda durante la vida, y en la muerte los suplicios de la desesperacion en presencia de un secreto horrible de incertidumbre y de espanto! Despues de esa confesion lógica de tu impotencia y bajo el peso de esa conviccion, ¿qué te queda que hacer? Prostérnate á los pies de tu Hacedor y suspira con Platon por una religion venida del cielo para ilustrar á los hombres (2): prostérnate ante Dios omnipotente é infinitamente bueno; dile desde lo intimo de tu miseria: «Ser de los seres, yo soy tu obra: tengo á gloria el saberlo y á dicha el reconocerlo anonadándome delante de ti. ¡Ay! tú ves mis sombras, mis tinieblas; tú ves la fiebre de mis dudas; ten piedad de mi ceguedad y de mis sufrimientos: deja caer del sol de tu infinita sabiduría un rayo que penetre y disipe mis nubes, que calme mis ardientes inquietudes. Yo sola no sabria descubrir lo que mas importa saber al hombre cuya guia me has hecho; y deseo é invoco con todas mis fuerzas otra luz que la mia, una luz divina que le dé lo que en vano pide continuamente á mi indigencia..... ¡Ay! si te has anticipado á mis deseos, si existe en alguna parte sobre la tierra esa mensajera bendecida del cielo, no la habrás ocultado en el santuario de formas indecisas y nebulosas de los sistemas; sino antes bien la habrás colocado

(1) *Eccles. XII. 5.*

(2) *Segundo Alcibiades.*

alto en el mundo, como una ciudad edificada sobre el monte (1) y visible á los ojos de todos. Guia mis pasos hácia su morada: yo la saludo de antemano con efusion, y pongo al hombre con confianza entre sus manos para que le conduzca á su destino.

(1) San Mateo, V. 14.

## CAPITULO III.

EL CRISTIANISMO DA AL HOMBRE LA VERDAD RELIGIOSA.

A los primeros pasos que da el hombre para averiguar si la verdad religiosa ha bajado del cielo y se halla en alguna parte sobre la tierra, se le presenta desde luego el cristianismo: «Yo soy á quien buscas: voy á decirte lo que tanto interés tienes en saber', y lo que tu razon no podría enseñarte.» Y en efecto; el cristianismo da una respuesta clara y precisa á cada una de las preguntas que el hombre hace en vano á la razon acerca de sus relaciones con Dios. Dejemos hablar en este punto á un filósofo, cuyo testimonio equivaldría, si fuese preciso, á una demostracion: «Hay un librito, dice M. Teodoro Jouffroy, que se hace aprender á los niños y acerca del cual se les examina en la iglesia: leed ese librito, que es el catecismo, y hallareis en él una solucion á todas las preguntas que he propuesto, á todas sin escepcion. Preguntad á un cristiano de donde procede la especie humana y lo sabe. Preguntad á ese pobre muchacho que en su vida ha pensado en ello, por qué está en este mundo y lo que será de él despues de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que no comprenderá, pero que no por eso es menos admirable. Preguntadle como fué creado el mundo y para que fin; por qué ha puesto Dios en él animales y plantas; cómo fué poblada la tierra, si por una